LUZ, TERROR, ESPERANZA

LA IDEA DE PROGRESO (1800-1968)

ALBERTO J. RIBES

CATARATA

ALBERTO J. RIBES

Madrid, 1976. Doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, es profesor contratado doctor de Sociología en el Departamento de Sociología: Metodología y Teoría de la UCM. Sus publicaciones versan sobre teoría social y teoría sociológica, historia de la sociología, violencias y genocidios.

Alberto J. Ribes

Luz, terror, esperanza

LA IDEA DE PROGRESO (1800-1968)

CATARATA

© ALBERTO J. RIBES, 2023

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2023
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

LUZ, TERROR, ESPERANZA.
LA IDEA DE PROGRESO (1800-1968)

ISBN: 978-84-1352-848-9
DEPÓSITO LEGAL: M-30.933-2023
THEMA: QDTS/QDTQ

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

Para Eva, Javier y Pau

Como sucede con cualquier obra de arte, la vida exige que pensemos en ella.

ALBERT CAMUS (2021 [1971]: 85)

La diferencia entre los antiguos y los modernos sofistas está en que los antiguos se mostraban satisfechos con una pasajera victoria del argumento a expensas de la verdad, mientras que los modernos desean una victoria más duradera a expensas de la realidad.

HANNAH ARENDT (2021 [1951]: 73)

Qué locura prestar atención a la historia.
Pero ¿qué hacer si no cuando se ha sido *traspasado* por el Tiempo?

E. M. CIORAN (1979: 137)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 9

Luz, terror y esperanza 9
Modernidad pesada o sólida 13
La caja de Pandora 16
Planteamiento del libro 28
Las dos paradojas de la modernidad pesada 31

PROGRESO 33

La idea de progreso 33
Turgot 35
La perfectibilidad de los seres humanos y de las sociedades 38
Condorcet y Proudhon 46
Del progreso a la incertidumbre 49
Grietas y críticas: están incómodos 55
Disrupciones 63
El progreso y la materia oscura 66
La tensión homogeneidad/heterogeneidad 72
Los traumas europeos 77
Genocidios y exterminismo 83
La modernidad como Auschwitz 88
El giro posmoderno 94
La solución nostálgico-mítica 99
A bordo del ferrocarril moderno 101

PARA CONCLUIR 111

La liberación con respecto al tiempo y al espacio 111
Las dos muertes de la idea de progreso 113
El progreso y lo absoluto 115

BIBLIOGRAFÍA Y OTROS RECURSOS 121

INTRODUCCIÓN*

LUZ, TERROR Y ESPERANZA

Dejadme la esperanza.
MIGUEL HERNÁNDEZ (1996 [1937-1939]: 412)

La modernidad pesada adquirió la inesperada forma de un mundo plagado de violencias, injusticias, ignorancia, arbitrariedades y humillaciones. El sueño de la Ilustración consistía en el advenimiento de una época civilizada de desarrollo, libertad, tolerancia, progreso y prosperidad económica, sustentada en el incremento de la inteligencia, en la solidaridad y la fraternidad, en la igualdad, y en la posibilidad de construir sociedades en las que se pudieran alcanzar las capacidades plenas de los seres humanos; un nuevo tiempo pacífico y justo, en el que se quebrarían para siempre las cadenas que aprisionaban a todos los seres humanos en cualquier parte de este planeta. La lucha contra la intolerancia que defendía Voltaire (1763), la lucha contra la tiranía, contra la hipocresía, contra los prejuicios y contra los impulsos sanguinarios, destructivos y asesinos, decía Condorcet (1794: 258-259), se jugó reclamando "la independencia de la razón", a través de la persecución

* Algunas ideas de este libro fueron desarrolladas y publicadas en los artículos "Las dos muertes de la idea de progreso, 1800-1968" (*Debates en Sociología*, 55, 2022) y "La materia oscura y los traumas europeos, 1800-2020" (*Recerca. Revista de pensament i anàlisi*, 28 (1), 2023).

y la denuncia de los crímenes cometidos por el fanatismo y la tiranía, la búsqueda de la eliminación de la opresión y de la barbarie en las leyes, en las costumbres, en el gobierno y en las religiones, exigiendo que se "respetara la sangre de los hombres" y adoptando como grito de guerra: "razón, tolerancia, humanidad". Lo que se oponía, pues, era lo irracional, la intolerancia y la inhumanidad. El entrechocar de estas dos dinámicas contrapuestas atraviesa y marca la modernidad pesada. En los albores de este periodo, precisamente cuando se abrían paso con mucha dificultad los principios fundamentales de este nuevo espíritu, describía Rousseau (2004 [1755]: 243) el problemático estado en el que se encontraban los seres humanos, como consecuencia de un desarrollo socioeconómico y político pernicioso y dañino, que impulsaba la desigualdad, la dominación de clase y la propiedad privada, así como por la persistencia del Antiguo Régimen que restringía las libertades y se sustentaba en una estructura social estratificada y, básicamente, estática y caduca que empezaba ya, no obstante, a mostrar sus debilidades, su fragilidad y sus grietas:

> Tal fue, o debió de ser, el origen de la sociedad y de las leyes, que pusieron nuevas trabas al débil y nuevas fuerzas al rico, destruyeron sin remedio la libertad natural, fijaron para siempre la ley de propiedad y de la desigualdad, de una hábil usurpación hicieron un derecho irrevocable y, para beneficio de algunos ambiciosos, sometieron en lo sucesivo a todo el género humano al trabajo, a la esclavitud y a la miseria.

O, como lo expresa en *El contrato social*, "el hombre ha nacido libre, y en todas partes está encadenado" (Rousseau, 2004 [1762]: 34). Los sueños y los proyectos que se llevaron a cabo durante la modernidad pesada siguieron precisamente esa inspiración y generaron diversas hojas de ruta que perseguían aquella realización: la gran obra de la historia de la humanidad, la consecución de la construcción de sociedades perfectas en las que los individuos pudieran simplemente realizarse en tanto que seres humanos, ser felices y gozar del mayor bienestar posible. Evidentemente, este proyecto no se logró. No era, en realidad, un proyecto cerrado, bien

diseñado ni acabado: fue más bien una amalgama de impulsos, algunas voces que clamaban aquí o allá, un espíritu que recorría las mentes y llenaba las imprentas, lecturas a escondidas, palabras pronunciadas en reuniones más o menos clandestinas, gente que se exiliaba o era encarcelada y perseguida; eran unas cuantas voces tratando de imaginar un futuro mejor, la eliminación de todas las cadenas, la liberación y la emancipación del ser humano; no, no era un proyecto acabado, nunca lo fue, ni tampoco surgió en los centros de poder, sino en los márgenes: en la inteligencia y el coraje, en la combinación de la curiosidad y la obstinación. Y así se fue propagando de una esquina a otra, desde abajo, con ayudas puntuales, eso sí, que partían de los perfiles más interesados en la ciencia y en la razón dentro de los centros de poder; se extendió desde el motor de la inteligencia humana que prometía aplicar sus nuevos conocimientos y su sabiduría a una mejor organización de lo social, susurros temerosos y titubeantes que criticaban el estado actual de las cosas, encontraban nuevas ideas y jugaban con ellas, imaginaban formas alternativas de diseñar cualquier cosa, desde lo social hasta la regulación de los impuestos y las tasas, diseñar e imaginar, rediseñar e imaginar, todo ello atravesado de una manera definitiva por el esfuerzo consciente de alejarse del presente y del pasado, procurando renunciar a las derivas de las sociedades premodernas que iban dejando atrás, década a década, no con pocas dificultades y retrocesos, pero siempre, incluso cuando se equivocaron y plantearon alternativas que iban a causar un tremendo dolor, se comprometieron, todos ellos, en el empeño de dar forma al presente con una mirada anclada en el futuro más esperanzador posible. La propia historia de la composición, redacción y publicación de la *Enciclopedia*, dirigida por Diderot y D'Alembert, según relata con detalle y rigor Blom (2010), que fue, en efecto, caótica y azarosa, no exenta de rencillas y rivalidades, traiciones y deserciones, incluidos ciertos problemas de plagio, su éxito inmediato, las dificultades para su propia elaboración y su impresión, y no digamos su distribución, la nutrida nómina de escritores, ilustradores, científicos e intelectuales que participaron en ella, y el aliento que produjo en beneficio de la ciencia y

del pensamiento racional, su exaltación de la actividad humana y del trabajo (frente al ocio de las clases acomodadas), suponen un ejemplo inmejorable de la complejidad y de las dificultades que tuvieron las luces en esos años. No, nunca fue un proyecto del poder, sino más bien un proyecto para que el poder se tornara democrático y plural; atentaba, pues, contra el orden establecido, prometía modificarlo todo para siempre, y soñaba con un tiempo próximo esperanzador, justo, libre, pleno de solidaridad y de responsabilidad hacia los otros. No fue un proyecto; fue un sueño insensato y maravilloso, e imperfecto, claro, pero lleno de esperanza, de fuerza y de vida.

Que no se cumplieran los sueños que dieron inicio a la modernidad pesada no quiere decir que solamente se cumplieran las pesadillas. Hubo avances y retrocesos, hubo momentos, espacios y tiempos en los que algunas de las promesas ilustradas pudieron realizarse, al menos, temporal y parcialmente. La actitud ilustrada, que precisa ser retomada hoy con más fuerza y convicción que nunca, asediados como estamos por varias urgencias de difícil solución, debería seguir siendo la de combatir las violencias y la alienación, la ignorancia, la opresión y la ausencia de libertad, las desigualdades, la explotación y la injusticia; luchar contra las cadenas y revolverse ante un mundo injusto que siempre parece estar perdiendo el rumbo. La actitud ilustrada, la de siempre, la de entonces, se basaba en la crítica de la realidad, de todo aquello que iba mal o que podría ir mejor. "Nuestra tarea es la crítica despiadada de todo lo que existe", escribió Marx. Y era, sobre todo, una mirada descarnada sobre los problemas del presente que se planteaba como objetivo la erradicación de las diversas formas de dominación, de ignorancia, de desigualdad, de violencia y de alienación desde una perspectiva radicalmente crítica cuyo foco se centraba en la denuncia de todo aquello que impedía a los individuos vivir vidas dignas y felices. Era un impulso y una ambición que planteaba hacer posible una vida mejor para todos; inevitablemente, tuvo que oponerse, igual que sucede ahora, a los "enemigos de la razón", por decirlo con Condorcet. La felicidad y el bienestar de todos los ciudadanos pasaron a ser el principal problema social en las mentes ilustradas, e incluso

se plantearon como un problema político y de gobierno de primera magnitud. Recordemos las palabras de Tocqueville (2006 [1835]: 146, nota al pie 51): "para mí el objetivo principal de un buen gobierno es el de producir bienestar en los pueblos, y no el de administrar un cierto orden en su miseria".

MODERNIDAD PESADA O SÓLIDA

En *Modernidad líquida*, Bauman caracterizaba al periodo que abarca desde el siglo XIX hasta finales del XX como "modernidad pesada" o "modernidad sólida", en una expresión que ha hecho fortuna. Cuando publica su célebre libro, en el cambio del siglo XX al XXI, señala que la modernidad pesada, que venía siendo erosionada desde los años 60, está llegando a su fin:

> Esa parte de la historia, que ahora llega a su fin, podía denominarse, a falta de un nombre mejor, la "era del *hardware*" o "modernidad pesada" —la modernidad obsesionada con el gran tamaño, la modernidad de "lo grande es lo mejor", o del tipo "el tamaño es poder, el volumen es éxito"—. Esa fue la época del *hardware*, la época de las máquinas pesadas y engorrosas, de los altos muros de las fábricas que rodeaban plantas cada vez más grandes y que ingerían planteles cada vez mayores, de las enormes locomotoras y los gigantescos vapores oceánicos. Conquistar el espacio era la meta suprema... apropiarse de todo lo que uno pudiera y pudiera conservar, marcándolo con todas las señales tangibles de posesión y con carteles de "propiedad privada". El territorio fue una de las mayores obsesiones modernas, su adquisición fue una de sus mayores compulsiones y la protección de fronteras llegó a convertirse en una de las adicciones modernas más ubicuas, inflexibles y permanentes. La modernidad pesada fue la época de la conquista territorial (Bauman, 2003 [2000]: 122).

En el modelo de Bauman, la modernidad sólida significaba también la vinculación estrecha entre capital y trabajo, la centralidad socioeconómica de la economía de la producción, el compromiso mutuo y la permanencia (de las identidades, de los empleos,

Con la Ilustración y el despegue de la Revolución Industrial se van fraguando los cimientos del mundo de la modernidad pesada, marcada por la vinculación entre capital y trabajo, la economía de la producción, el sentido de la permanencia y de la territorialidad. En un periodo que se extiende hasta finales de los años 60 del siglo XX, los sociólogos se esforzaron por comprender los cambios sociales, políticos, económicos, tecnológicos y culturales que estaban teniendo lugar, atreviéndose a exponer las principales tendencias que se estaban formando y que podrían dar forma a las sociedades del futuro. La modernidad pesada, seducida por la idea de progreso, el horizonte de la reorganización de los vínculos sociales y la emancipación del ser humano, alentó proyectos esperanzadores con los que se alcanzaron notables cotas de libertad, igualdad y felicidad, en algunos momentos y lugares, pero resultó estar también fatalmente atravesada por la alienación y la violencia, el terror y la represión, el dolor y el sufrimiento. Fue la esperanza en el progreso el último fetiche al que se agarró una buena parte del pensamiento sociológico para hacer frente a desgracias humanas. Y que se irá desvaneciendo hasta comprender que la única esperanza posible reside en las prácticas concretas de los individuos, en los diseños institucionales, y en el compromiso de las sociedades por mantener unas reglas de juego basadas en el respeto a los derechos humanos.

THEMA: QDTS/QDTQ
9 788413 528489
14,5 € ISBN: 978-84-1352-848-9